

tud de castillos, y detras de él dos ejércitos enemigos, poblaciones hostiles y el rio Isar en el que no poseia ningun punto fortificado. El terreno, helado hasta una profundidad considerable, no le permitia levantar atrincheramientos y el ejército de Wallenstein que al fin se habia movido con direccion al Danubio, aumentaba lo peligroso de su posicion. Se decidió por lo mismo á emprender la retirada. Despues de pasar el Isar y el Danubio, se detuvo en el alto Palatinado resuelto á impedir á Wallenstein el penetrar á él aun cuando para esto tuviese necesidad de dar una batalla campal. Pero el generalísimo austriaco nunca habia tenido la intencion de defender la Baviera, por lo que dejó este país y regresó á Bohemia. Su partida permitió al duque Bernardo terminar una campaña que habia sido tan gloriosa para él y hacer descansar sus tropas en los cuarteles de invierno que les señaló en las provincias conquistadas.

Miéntas que el general Horn, el conde palatino de Birckenfeld, el general Baudissen, el ringrave Oton-Luis y el duque Bernardo de Weimar continuaban la guerra con tanta felicidad en las orillas del Rhin y del Danubio, la gloria de las armas suecas se habia sostenido con no menos éxito en la baja Sajonia y en Westphalia por el duque Jorge de Lüneburg y el landgrave de Hesse Cassel. El duque Jorge se habia apoderado de la fortaleza de Hameln, y el general imperial de Gronsfeld, que mandaba en las orillas del Weser, habia sido completamente derrotado cerca de Oldenderf por las tropas reunidas de la Suecia y de la Hesse. El conde de Wassaburg, hijo natural de Gustavo-Adolfo se mostró digno de su origen en esta batalla que costó á los imperiales mas de tres mil muertos, un número casi igual de prisioneros, diez y seis cañones, todos los furgones y los bagages y setenta

y cuatro banderas ó estandartes. Poco despues el coronel sueco Kniephausen se apoderó de Osnabruck y el landgrave de Hesse Cassel obligó á Paderborn á capitular. En medio de todos estos triunfos, los suecos no perdieron mas que á Puckebur, plaza bastante importante. Por último, en el primer año que siguió á la muerte de Gustavo-Adolfo, la gloria de la Suecia permaneció intacta.

Recapitulando los hechos mas notables de la campaña de 1633, causa admiracion el ver el papel insignificante que representa en ella voluntariamente el hombre cuya conducta seguia la Europa con atenta inquietud. Wallenstein era sin duda el mas grande capitán de su época y á él expresamente á quien se pierde de vista. La muerte de Gustavo-Adolfo lo habia hecho, por decirlo así, el único dueño del vasto dominio de la gloria, y se esperaba verlo borrar su derrota de Lützen por medio de brillantes victorias. Pero en vez de justificar estas esperanzas permaneció inactivo y tranquilo espectador de la derrota de las tropas imperiales en Baviera, en la baja Sajonia y en el Rhin. Esta conducta lo habia convertido en un enigma impenetrable para sus amigos y para sus enemigos, y Fernando veia siempre en él un objeto de terror, al mismo tiempo el mas poderoso, como tambien el último apoyo de su trono vacilante.

Inmediatamente despues de la batalla de Lützen, se habia retirado á Bohemia, donde mandó hacer una averiguacion para examinar la conducta de los oficiales durante aquella batalla. El consejo de guerra habia castigado con la pena de muerte á todos aquellos que habian sido reconocidos como culpables de cobardía, y él se reservó la manera de recompensar régiamente á los oficiales y aun á los soldados que habian dado pruebas de talento, valor y fidelidad, haciendo

BIBLIOTECA ALFONSO XIII



erigir suntuosos monumentos á la memoria de los que habian sucumbido con honor. En lugar de elegir los cuarteles de invierno para sus tropas en los países conquistados los estableció en las provincias austriacas que parecia tener empeño en destruir, no solamente imponiéndoles esta pesada carga, sino gravándolos por medio de contribuciones extraordinarias. Por último, en lugar de ser el primero en abrir la campaña de 1633 y de presentarse en ella con todo el brillo de su grandeza, fué el último en moverse, eligiendo por teatro de la guerra el territorio austriaco.

Entre todas las provincias hereditarias del emperador, la mas desgraciada era la Silesia. Invasada por las tropas reunidas de la Suecia, de la Sajonia y del Brandeburgo, mandadas por el feld-mariscal de Arnheim, por el duque de Lauenburg, el conde de Thurn y el general Borgsdorf, habia perdido casi todas sus plazas fuertes, y la misma capital habia tenido que abrazar la causa de los aliados. Este hermoso país habíase perdido completamente para el Austria, si los odios nacionales y las rivalidades de los generales les hubieran permitido obrar de acuerdo. Pero de Arnheim y el conde de Thurn perdian el tiempo en disputarse el mando en jefe, mientras que los sajones y los brandeburgueses no veian en las tropas suecas mas que á unos extranjeros importunos á quienes se complacian en humillar contrariándolos: los sajones especialmente se vanagloriaban con descaro de la preferencia que tenian por los imperiales. Los oficiales de estos dos campos enemigos se hacian visitar y se daban fiestas recíprocas: los partidarios del emperador eran advertidos siempre con tiempo del momento en que se iban á romper las hostilidades para que pudiesen evitar el peligro, y mas de un oficial confesaba sin escrúpulo que las noticias de esta clase

le habian sido pagadas generosamente por la corte de Viena. De Arnheim no podia reprimir estas traiciones porque habia dejado al ejército para ir á defender otros intereses al lado de su soberano, y no se volvió á presentar en Silesia, sino hasta el momento en que Wallenstein pasó la frontera á la cabeza de cuarenta mil hombres. Las fuerzas de los aliados no ascendian á mas de veinticuatro mil, pero esta inferioridad no les impidió el procurar sus conquistas por medio de una batalla, y con este objeto avanzaron hasta Münsterberg, donde los imperiales habian establecido su campamento. Wallenstein permaneció ocho dias inmóvil detras de sus atrincheramientos, de repente salió de ellos y desfiló con una arrogancia insultante al frente de los aliados, que lo siguieron durante algun tiempo sin fruto, porque él estaba decidido á no aceptar la batalla que ellos se obstinaban en presentarle.

La vanidad de los aliados atribuyó esta conducta al temor, pero esta acusacion estaba destruida por sí misma. Era fácil ver que en esta ocasion el duque de Friedland se burlaba del humor belicoso de los enemigos y queria concederles la gracia y salvarles de una derrota total porque le creia inútil para el proyecto que lo ocupaba exclusivamente.

Sin embargo, para darles una prueba de que si permanecia en la inaccion no era porque les temiese, mandó fusilar al comandante de una plaza de que se habia apoderado, únicamente porque no la habia rendido á la primera intimacion.

Hacia ya ocho dias que el ejército imperial y el de los aliados estaban acampados á un tiro de fusil de distancia, cuando el conde de Terzki salió del campo de Wallenstein precedido de un trompeta, y solicitó hablar al general de Arnheim y le propuso una tregua en nombre del duque de



Friedland, quien siendo el mas fuerte no tenia ninguna necesidad de ella. Terzky no vaciló en dar la explicacion de una conducta tan extraordinaria.

«El objeto de mi comision, dijo, no se limita á una suspension de armas. He venido para celebrar una paz perpetua con los suecos y con todos los príncipes del imperio, para pagar los sueldos atrasados de vuestras tropas y para hacer justicia á todo el mundo; porque el duque de Friedland puede realizar las promesas que os hago en su nombre. Si en Viena rehusan ratificar el tratado que os propone, abrazará entonces francamente vuestra causa y enviará al infierno al emperador.»

Al pronunciar esta frase, bajó sin embargo la voz de manera que solo pudiera oirla de Arnheim. En una segunda conversacion que tuvo con el conde de Thurn se expresó todavía con mas franqueza.

«La Bohemia, le dijo, no tiene mas que quererlo, y recobrará todos sus privilegios antiguos; y sus nobles defensores, proscritos hoy, volverán á su patria y á la posesion de sus bienes: el duque será el primero que les entregará la parte que le ha dado de esos bienes tan injustamente confiscados: los jesuitas, que por sus criminales intrigas han encendido esta larga guerra y que querrian que se prolongase eternamente, serán expulsados del reino; los suecos recibirán en épocas determinadas indemnizaciones que les compensarán ampliamente de todos sus sacrificios, y para ocupar á los soldados de ambos partidos que la paz hará inútiles, se les empleará contra los turcos; en una palabra, si Wallenstein llega á ser rey de Bohemia, los condenados políticos recibirán las pruebas de una generosidad sin límites. El país disfrutará de todas las libertades civiles y religiosas posibles;

la casa del Palatinado adquirirá de nuevo todos sus derechos, y el Mecklemburgo quedará pacificado, porque el duque renunciará á este ducado si le dan en cambio la Moravia. Que los aliados firmen simplemente este tratado, y Wallenstein se encarga de hacerlo ratificar por Fernando, y si es preciso, lo obligará á ello con las armas en la mano.»

Estas últimas proposiciones descorrían al fin el velo misterioso con el que hacia tantos años Wallenstein cubria sus proyectos, y á tal punto habia llegado la situacion de los negocios que no podia tardar mucho en realizarlos.

Una confianza ciega en el genio del duque de Friedland habia podido dar al emperador la firmeza necesaria para confiar el mando de sus ejércitos á un general á quien rechazaban la España y la Baviera y cuyos servicios se habia visto obligado á comprar con detrimento de su propia autoridad. Su larga inaccion y sobre todo su derrota de Lützen debilitaron esta confianza, y sus enemigos se atrvieron á atacarlo de nuevo. Recordaron con destreza á Fernando, que tan celoso se mostraba de un poder del que tan mal uso hacia, que en las mas graves circunstancias Wallenstein se habia complacido como si fuera un juego en despreciar sus órdenes: y cubriéndose con las apariencias de un patriotismo desinteresado, apoyaron las quejas de los súbditos austriacos, á quienes el generalísimo forzaba á soportar sin necesidad una parte enorme de los gastos de la guerra. Estas insinuaciones produjeron tanto mas efecto en el ánimo del emperador, cuanto que cada uno de los pasos del duque de Friedland parecían justificarlas. Pero el poder sin límites con el cual habia cometido la imprudencia de investirlo, lo hacia tan poderoso, que nada se podia contra él ántes de disminuir este poder,



empresa que el tratado entre el emperador y su generalísimo hacia casi imposible.

Segun el texto de este tratado, la autoridad del duque de Friedland solo se extendia sobre los ejércitos extranjeros que quisiesen defender á la casa de Austria. Por medio de una sutileza semejante el emperador le habia quitado el mando de las tropas italianas que habia llevado á Alemania el duque de Feria, general español. Advertido por este paso imprudente, que habia dejado de ser indispensable, y que Fernando buscaba otro apoyo del que en caso necesario podria servirse contra él, Wallenstein se quejó aún inútilmente de esta infracción del tratado, y terminó por trabajar él mismo en la destruccion del ejército italiano, negándose á socorrer á la Baviera. En la misma época despidió de su ejército á todos los oficiales que le eran sospechosos y recompensó generosamente á aquellos cuya fidelidad estaba al abrigo de toda sospecha. Tal es la inconsecuencia de la naturaleza humana, que Wallenstein fundaba el edificio de su grandeza sobre el agradecimiento de unos hombres que le debian su fortuna, en el mismo momento en que iba á dar al autor de la suya, una prueba de la mas negra ingratitud.

Los gefes del ejército aliado que ocupaba la Silesia no tenian poderes bastante extensos para aceptar ó rehusar unos ofrecimientos tan importantes como los que el duque de Friedland acababa de hacerle, y una tregua de quince dias fué todo lo que pudo obtener el conde Terzky. Para utilizar este plazo se envió á Dresden al conde Kinsky á fin de entenderse con el encargado de negocios de Francia, acerca de los auxilios que este gabinete habia prometido al generalísimo.

Feuquieres, que habia recibido en efecto de su gobierno la órden de prometer á Wallenstein un anticipo de dinero tan

fuerte como pudieran exigirlo sus necesidades, no se atrevió á ejecutar esta órden, porque acababa de saber la imprudencia que habia cometido revelando al ejército aliado un proyecto que reclamaba el mayor misterio. El afecto bien conocido del ministerio sajón á la causa del emperador, no permitia esperar que aprobase nunca semejante proyecto; y la parte que en él se concedia á los suecos no era bastante brillante para decidirles á contribuir á su éxito. Feuquieres confió sus inquietudes sobre la inconcebible conducta de Wallenstein, al canciller Oxenstiern. Este hombre de Estado, que nunca habia tenido confianza en la lealtad del generalísimo imperial, encontró las proposiciones que habia hecho á la Suecia muy inferiores á lo que este país tenia derecho de pretender. No ignoraba que en otro tiempo habia establecido negociaciones semejantes con Gustavo-Adolfo: pero la promesa de que haria á todo el ejército imperial que traicionase á su soberano, le pareció imposible de realizar y por lo mismo dudó que hubiera sido hecha de buena fé. Comparando el carácter circunspecto y misterioso de Wallenstein con el paso que se habia dado en su nombre en Silesia, terminó por creer que habia querido tender un lazo al ejército aliado. De Aruheim no tardó en participar de esta opinion, porque era mas natural dudar de la probidad que del buen juicio de este hombre extraordinario, que repentinamente parecia haber querido amontonar contradicciones sobre contradicciones. Al mismo tiempo que solicitaba la alianza de los suecos, decia á los sajones que era preciso arrojar de todos los puntos del imperio á estos audaces extranjeros, y casi en el mismo momento se aprovechaba de la seguridad que inspiraba la tregua á los oficiales sajones para detenerles como prisioneros en en palacio á donde habian ido á visitarlo. Así



fué como perdió por grados la confianza de sus mas celosos partidarios, los que no vieron al fin en su conducta mas que un tejido de perfidias para aumentar su ejército á espensas del de los aliados, cuyo resultado obtuvo en efecto. Todos los dias un gran número de soldados abandonaban la bandera de la reforma para ir á filiarse á la suya, pero no por esto se apresuraba á realizar las esperanzas de la corte de Viena. En el momento en que ella esperaba la noticia de un combate decisivo, sabia que Wallenstein acababa de renovar las negociaciones de paz, y cuando una tregua protegía al enemigo que habia vuelto á comenzar las hostilidades. Estas contradicciones aparentes, tenian, sin embargo, un objeto profundo, pero difícil de adivinar: pretendia arruinar al mismo tiempo al emperador y á los suecos y firmar en la Sajonia una alianza que asegurase su interes personal. Cansado de la marcha demasiado lenta de los acontecimientos y de las reiteradas quejas del gabinete imperial, tomó al fin la resolucion de realizar sus proyectos por medio de la fuerza.

Antes de que concluyese la última tregua habia ya enviado al general Holk á la Misnia con la orden expresa de reducirlo todo á sangre y fuego. Estos horrores se suspendieron por un momento á consecuencia de la muerte de este general, que pereció víctima de sus desórdenes; pero inmediatamente que espiró la tregua, Wallenstein hizo un movimiento con direccion á la Sajonia y esparció el rumor de que Piccolomini lo precedia para invadir y devastar el país. Engañado por este rumor, de Arnheim dejó en el acto la Silesia para ir en auxilio de la Sajonia, sin pensar que abandonaba á merced del enemigo el pequeño cuerpo de ejército sueco estacionado en el Oder, cerca de Steinau á las órdenes del conde de Thurn.

Wallenstein, que esperaba que cometiese esta falta, se aprovechó de ella. Dejando que los sajones se alejaran cerca de treinta leguas, envió de repente al general Schafgotsch con orden de sorprender á la caballería sueca. Esta, que no estaba preparada á un ataque, fué derrotada, y la infantería quedó rodeada por el grueso del ejército imperial. Despues de esta maniobra mandó decir al conde de Thurn que le concedia media hora para decidirse á defenderse con dos mil quinientos hombres contra un ejército de veinte mil, ó si preferia rendirse á discrecion. Entre semejante disyuntiva la decision no era dudosa y los suecos rindieron las armas. Los soldados fueron incorporados al ejército imperial y los oficiales declarados prisioneros de guerra. La artillería, las armas, los bagajes, las banderas y estandartes quedaron en poder del enemigo. Esta victoria, que no habia costado ni una sola gota de sangre, causó tanto mas placer al partido imperial, y sobre todo á los jesuitas, cuanto que habia hecho caer en poder del vencedor al célebre conde de Thurn, al gefe de la primera insurreccion de la Bohemia y la causa principal, aunque involuntaria, de esta guerra desastrosa.

La corte de Viena esperaba con una viva impaciencia á este gran criminal, á quien preparaba ya un suplicio que estaria rodeado de la pompa aterradora que el fanatismo religioso y los ódios políticos se complacen en dar á sus venganzas. Pero el duque de Friedland aborrecia demasiado á los jesuitas para proporcionarles este triunfo; y ademas el conde de Thurn sabia mucho mas acerca de sus proyectos secretos de lo que le convenia que se supiese en Viena. Estas consideraciones lo decidieron á devolverle la libertad. El partido católico habria perdonado al duque de Friedland que hubiera perdido una batalla; pero su venganza frustrada lo



irritó hasta el punto de acusarlo descaradamente de traicion. Oponiendo á estos reproches una burla desdeñosa, Wallenstein se contentó con responder al gabinete de Viena:

«¿Qué queríais que hiciera con semejante frenético? deberíamos considerarnos por dichosos si el enemigo no tuviera «mas que generales de esta especie, y yo os aseguro que «prestará mas grandes servicios al frente de un ejército que «en el fondo de un calabozo.»

La toma de Liegnitz, de Gross-Glogun y de Francfort sobre el Oder, siguieron muy de cerca á la victoria de Sternau. El general Schafgotsch bloqueó á Breslau, aunque sin éxito, porque esta ciudad, libre y celosa de sus privilegios, era sinceramente adicta á los suecos. Los coroneles Illo y Goetz reivindicaron el honor de las armas imperiales en el Báltico, y se apoderaron de la ciudad de Landsberg, que estaba considerada como la llave de la Pomerania. Por su parte, Wallenstein entró con su ejército á la Lusacia, tomó por asalto á Goerlitz y obligó á Bautzen á rendirse. Sin embargo, su intencion no era proseguir sus conquistas, sino obligar al elector á aceptar la alianza que sin cesar le ofrecia y que este príncipe rehusaba con mas energíá que nunca desde las imprudentes revelaciones hechas en Silesia por el conde Terzky al ejército aliado. Al dirigir todas sus fuerzas contra la Sajonia, habria logrado sin duda arrancar á Juan Jorge un consentimiento que todas las intrigas de gabinete no habian podido obtener; pero se vió en la necesidad de marchar en socorro de los Estados austriacos que estaban seriamente amenazados por el duque Bernardo de Weimar. La retirada de este general le permitió volver rápidamente á Behemia, bajo el pretexto de que los suecos meditaban un ataque contra este país por el lado de la Lusacia. En vano

lo llamó el emperador á las orillas del Danubio para impedir que el duque de Weimar se estableciese en ellas; Wallenstein permaneció inmóvil, assgurando que de todos los Estados hereditarios la Bohemia era el que le importaba mas garantizar de una invasion extranjera. Cuidó, en efecto, á este reino como si ya hubiera sido su soberano y estableció en él sus cuarteles de invierno. Así fué como terminó el primero, y de la manera mas inesperada y ménos favorable para el emperador, la campaña de 1633.

Hacia ya mucho que circulaban por toda la Alemania rumores poco honrosos acerca del duque de Friedland, quien por su inexplicable conducta acabó por darles consistencia. Para convencerse hasta qué punto eran fundados estos rumores, envió Fernando agentes secretos al campo del generalísimo, pero fracasó su destreza contra la prudencia de Wallenstein, y no llevaron á la corte de Viena mas que noticias vagas y confusas. Sin embargo, los ministros á quienes habia cometido la imprudencia de ofender imponiendo en sus posesiones contribuciones de guerra, se declararon abiertamente contra él; el elector de Baviera amenazó con aliarse con la Suecia, y la España declaró que no daría mas ni hombres ni dinero mientras que Wallenstein permaneciese al frente de los ejércitos imperiales. Vencido por tan poderosas consideraciones, el emperador prometió revocar por segunda vez el nombramiento del generalísimo y preluvió este acto atrevido tomando él mismo la direccion de las operaciones del ejército. Uno de los generales del duque de Friedland á quien este habia prohibido bajo pena de muerte obedecer á la corte de Viena, recibió del emperador en persona la orden de unirse al elector de Baviera, y otra orden imperial intimó á Wallenstein el enviar refuerzos á este príncipe. Suficientemente advertido



por estas medidas de que habian decidido su ruina, se creyó obligado, en virtud del mas sagrado de los derechos, el de la defensa personal, á realizar unos proyectos que la ambicion solo le habia sugerido al principio, y que sin esta circunstancia jamas habrian salido del dominio de los ensueños. Siempre habia retardado la ejecucion de ellos, y cuando sus amigos le preguntaban la causa de esta lentitud, respondia que la constelacion favorable á esta empresa aun no se habia elevado en el horizonte, *ó que el tiempo aun no habia llegado*. En efecto, aun no habia llegado, pero su posicion no le permitia aguardar mas. Sin embargo, quiso asegurarse ante todo del participio de los gefes del ejército y de la sumision de los soldados, dos puntos dudosos todavía á pesar de la confianza que aparentaba tener en esta materia.

Los coroneles Kinsky, Terzky é Illo eran los únicos depositarios hacia mucho tiempo de sus proyectos y podia contar con su fidelidad sin límites. Los dos primeros estaban unidos á él con los lazos del parentesco; para ganar al coronel Illo, no se habia avergonzado de recurrir á una baja intriga, porque despues de haberlo instigado á que pidiese el título de conde, escribió en secreto al gabinete imperial para aconsejarle que rehusase este favor, porque habia en el ejército muchos oficiales de un mérito igual al del conde que se creerian autorizados á pedir la misma recompensa. Al comunicar á Illo que habian desechado su solicitud, se desató en amargas quejas contra el emperador.

«Este es el modo con que Fernando reconoce nuestros leales servicios, exclamó; jamas hubiera creido que se atreviera á rehusar á mi recomendacion y á vuestro mérito tan módica recompensa. Que en lo de adelante, sirva el que quiera

«á este amo ingrato; en cuanto á mí, desde este momento soy el irreconciliable enemigo de la casa de Austria.»

Animado por este discurso, exhaló á su vez Illo la cólera que lo dominaba, y desde entónces se convirtió en el cómplice y el instrumento de los secretos designios de su general.

Para trabajar descaradamente en su ejecucion, necesitaba tener en el ejército un apoyo mas numeroso y sobre todo mas influente. Con esta conviccion se dirigió primero al conde Piccolomini, que preferia á los demas generales porque habia nacido bajo la misma constelacion que él.

«La ingratitud de Fernando, le dijo, y la nueva afrenta que me prepara, me han decidido irrevocablemente á abandonar á la casa de Austria; en union de sus enemigos y de acuerdo con ellos, le atacaré en todos los puntos hasta que caiga para no levantarse mas. Yo cuento para esto con vuestra cooperacion, y os destino tantas dignidades y recompensas que sobrepujarán á todo lo que podeis esperar de mi reconocimiento y de mi generosidad.»

Aterrorizado al oir esta confidencia inesperada, Piccolomini balbutió algunas observaciones sobre las dificultades y los peligros de semejante empresa; pero Wallenstein se burló de su timidez.

«Vamos, le dijo, en las empresas temerarias los principios no mas son los difíciles. Tranquilizaos, los astros nos son favorables, y por otra parte, ¿no debemos dejar alguna cosa á la casualidad? Mi resolucion está tomada, y si fuera preciso, expondria solo mi fortuna, con un millar de mis valientes ginetes.»

Temeroso de despertar las sospechas del duque con una resistencia mas prolongada, Piccolomini prometió secundarlo con todo su poder y supo inspirarle una confianza tan ciega,



que á pesar de las advertencias reiteradas del conde de Terzky nunca quiso dudar de la fidelidad de este general, el cual no bien fué su confidente, se apresuró á informar á la corte de Viena de todo lo que acababa de saber.

El emperador habia ordenado á Wallenstein que dejase sus cuarteles de invierno que tenia en los Estados hereditarios del Austria, que tomase á Ratisbona no obstante el rigor de la estacion, y que enviase un cuerpo de seis mil hombres de caballería en auxilio de la Baviera. Estas pretensiones eran bastante exageradas para merecer el ser sometidas al exámen de los gefes del ejército: así es que Wallenstein tomó este pretexto para reunirlos á todos en Pilsen en una asamblea general que fijó para el mes de Enero de 1634. Al mismo tiempo invitó á la Sajonia y á la Suecia á que enviasen agentes secretos á esta ciudad para arreglar las cláusulas de un tratado de alianza. Veinte generales se dirigieron á Pilsen, pero los mas influentes de todos, Gallas, Kollaredo y Altringer no se presentaron. Wallenstein reiteró su invitacion con un tono mas imperioso, y mientras aguardaba su llegada procuró disponer los ánimos á oír la revelacion mas temeraria y mas peligrosa que jamas hizo el gefe de un ejército á sus subordinados. Se trataba de proponer una vil traicion á una nobleza tan orgullosa de sus privilegios, como fiel á su soberano legítimo. El general que habia respetado hasta entónces como al representante de la magestad imperial, el guardian de las leyes, el juez de las acciones y de los altos hechos de esta nobleza, se iba á despojar de repente de su carácter inviolable para convertirse en un rebelde que abusaba de su autoridad, para arrastrar al crimen á unos hombres á quienes estaba encargado de conducir por el camino del honor. El poder que el duque de Friedland queria

destruir, estaba cimentado con el trascurso de los siglos y se apoyaba en la religion y en las leyes.

Atacar á estos custodios mágicos que la imaginacion y la costumbre colocan al pié de los tronos, y querer arrancar del corazon de los súbditos el respecto ciego que estos custodios han grabado en él, será siempre una de las empresas mas peligrosas que pueda intentar la ambicion humana: pero el brillo de una corona habia fascinado de tal modo á Wallenstein, que no vió el abismo que se abria bajo sus piés, y como acontece á todos los caracteres ardientes y atrevidos, la confianza en su fuerza le impidió ver los obstáculos que tendria que vencer. Tomando las groseras injurias que una soldadesca brutal se permitia proferir contra el emperador y que excusaba la licencia del campamento, por los verdaderos sentimientos del ejército, infirió que este ejército traicionaria sin escrúpulo al soberano cuya conducta censuraba al injuriar su carácter. Acostumbrado á ser obedecido ciegamente y adulado con bajeza, no podia suponer la posibilidad de un obstáculo en la fidelidad que tuvieran las tropas á otra persona que no fuera él mismo. Nadie se habia atrevido nunca á decirle que si lo obedecian de aquel modo, era porque su poder emanaba del trono, que el poder por sí solo puede inspirar admiracion y temor, pero que únicamente el poder legal tiene el derecho de imponer respeto y sumision.

El general Illo se habia encargado de sondear las intenciones de sus colegas y decidirlos al paso peligroso que Wallenstein esperaba de su afecto por él. Antes de abordar este punto delicado, les hizo conocer las exigencias de la corte de Viena, que bajo el punto de vista exagerado con que las presentó, inflamaron la cólera de todos los oficiales superiores.



Despues de haberles exaltado de este modo se extendió largamente y con una elocuencia apasionada acerca del mérito de las tropas y de sus gefes, así como sobre la ingratitud del emperador.

«¿Pero como podria ser de otra manera? continuó, cuando «la España es la que gobierna en Viena; el ministro le está «vendido y el mismo Fernando tiembla delante de esta nación. Solo Wallenstein se ha atrevido á resistir á esta vergonzosa tiranía y por lo mismo se ha atraído su odio; y no cesará de perseguirlo hasta que no le haya arrebatado por segunda vez el mando de un ejército cuya gloria y valor excitan la envidia y el terror de este gabinete. Para debilitarlo es por lo que quieren enviar seis mil hombres á la Baviera; para destruirlo se exige que vaya á tomar á Ratisbona en medio de las nieves y del hielo del invierno: para deshonorarlo, pretenden poner á su frente al rey de Hungría que no es mas que un juguete del extranjero, y quien lo hará errar por toda la Alemania hasta que la España se haya establecido en ella con todo su poder. Entre tanto se le deja carecer de todo, y los ministros y los jesuitas se dividen entre sí las sumas destinadas á su sostenimiento. El generalísimo nada puede hacer por nosotros, y se verá obligado á abandonarnos como á él lo ha abandonado el emperador. Como premio de veintidos años de gloriosos servicios, de fatigas y de peligros y en cambio de las cantidades inmensas que ha sacrificado al Estado, le preparan una vergonzosa destitucion. Pero él no recibirá impasible esta nueva afrenta; el poder del cual quieren despojarlo, lo renuncia voluntariamente, y esto es lo que me ha encargado que os diga. Que cada uno se pregunte á sí mismo ¿qué será despues de la pérdida de semejante general? ¿quién

«nos devolverá el dinero adelantado en interes del servicio? «¿quién nos recompensará de las fatigas que hemos soportado «y de los peligros que hemos arrojado, cuando no esté delante el que fué testigo y único apreciador de nuestra conducta?»

Un grito unánime de que era preciso impedir que partiese Wallenstein interrumpió al orador, y cuatro generales recibieron la mision de ir á verlo y suplicarle humildemente que no abandonase el ejército. El duque resistió á sus instancias y no cedió sino cuando le mandaron una segunda diputacion. Entusiasmados por la condescendencia que mostraba en satisfacer sus deseos, se creyeron dichosos con poder darle en el mismo momento una brillante prueba de su fidelidad. Al prometerles que no dejaria el servicio sin su consentimiento, habia exigido en cambio una declaracion escrita, por la cual se obligaban á permanecerle fieles, y á no abandonar su bandera, sino en el caso en que él mismo los despidiese, cualesquiera que fuesen las órdenes que otra persona les diese con este objeto. Segun esta declaracion, el que la violase se reconocia culpable de perfidia y de traicion y debia ser juzgado por los miembros leales. La frase *«Mientras que el generalísimo haga servir al ejército por el honor y salud del emperador,»* con que terminaba esta declaracion, alejaba toda especie de sospecha, y ni uno solo de los generales creyó traicionar á su soberano legítimo al firmar una acta que le conservaba al mejor de sus generales. La lectura de este documento se hizo despues de una gran comida que el general Illo habia hecho preparar con este motivo, y durante la cual no perdonó medio alguno para turbar la razon de sus convidados con bebidas espirituosas. La mayor parte mal trazaron su firma sin saber lo que hacian: algunos sola-



mente mas curiosos ó mas desconfiados, la recorrieron con la vista y advirtieron que la frase que impedía á este pacto el ser una rebelion contra el emperador habia sido suprimida. Illo, en efecto, habia sustituido con la destreza de un trapacero, á la pieza que contenia esta frase, una copia en la que se habia omitido voluntariamente. Piccolomini, que asistia á esta reunion para informar mejor á la corte de lo que pasaba, trastornado por los humos del vino, olvidó la prudencia que era tan necesaria para desempeñar su papel y propuso un brándis por el emperador. En el mismo instante se levantó el conde Terzky indignado y declaró infame al que se atreviera á retroceder. Estas amenazas, y sobre todo la elocuencia de Illo, triunfaron de los escrúpulos y de las vacilaciones, y todos los convidados firmaron el acta que los ligaba con Wallenstein.

El duque de Friedland habia logrado su objeto: pero la oposicion inesperada de algunos generales, le hizo al fin comprender que se habia hecho ilusion respecto de la obediencia pasiva del ejército. Otra circunstancia aumentaba todavía mas sus inquietudes: la mayor parte de las firmas estaban tan ilegibles que se las podia negar sin peligro; pero este reves, en lugar de presagiarle todos los que le reservaba el porvenir, no sirvió mas que para irritar su orgullo. Hizo llamar á todos los generales, les repitió él mismo lo que Illo les habia dicho la víspera, los llenó de reproches y declaró que despues de la prueba de ingratitud que acababan de darle, consideraba como nulo el compromiso que habia contraido de conservar el mando del ejército, y que todo lo que habia pasado respecto de este asunto debia verse como si nunca hubiera existido. Los generales se retiraron mudos de terror: pero despues de una corta deliberacion, volvieron á la habitacion

del duque, se excusaron humildemente del acontecimiento de la víspera que atribuyeron á las frecuentes libaciones que habian trastornado su razon, y firmaron con conocimiento de causa y de una manera muy legible una nueva copia del acta que Wallenstein en un arrebato de cólera habia despedazado.

Durante este tiempo, los generales ausentes habian recibido la orden de llegar sin tardanza, y se tomaron todas las medidas para apoderarse de sus personas si rehusaban sancionar con su firma la conducta de sus colegas. Acostumbrados á obedecer sin observacion, se pusieron inmediatamente en camino; pero á corta distancia de Pilsen supieron una parte de lo que habia pasado en esta ciudad. Al recibir esta noticia que los llenó de inquietud y de temor, Altringer pretextó una enfermedad repentina y se encerró en la fortaleza de Frauenburg: Gallas, mas emprendedor y mas determinado, fué á unirse con Wallenstein para asegurarse de la verdad de las acusaciones que pesaban sobre él, para dar parte al gobierno. Las comunicaciones que no tardó en expedir á la corte de acuerdo con Piccolomini, ilustraron al emperador del peligro de que estaba amenazado y lo decidieron á aplicarle un pronto remedio. Para observar tanto como fuese posible las formas de la justicia, ordenó á los denunciadores que aprehendiesen á Wallenstein y sus dos principales cómplices, Illo y Terzky, y los enviasen á Viena para interrogarlos ántes de pronunciar su condenacion. Añadió, sin embargo, que por el interes del Estado era preciso apoderarse de ellos muertos ó vivos, en el caso en que un arresto legal fuese imposible. Gallas recibió al mismo tiempo una patente cuyo objeto era instruir al ejército y á sus gefes de las medidas que se acababan de tomar y libertarles de todo



deber para con el antiguo generalísimo. Esta misma patente lo investía de la autoridad ilimitada que se había confiado á Wallenstein y concedía una amnistía completa y el olvido total de su falta á todos los militares, cualquiera que fuese su grado, que la comprasen por una pronta vuelta al deber y al honor.

La elevada dignidad, y sobre todo, el cargo peligroso que acababan de confiarle, pusieron al general Gallas en un cruel embarazo. Colocado bajo las miradas de un hombre á quien estaba encargado de perder y sobre el cual velaban amigos fieles á quienes los peligros de su situación hacían sospechosos, la mas ligera indiscrecion podia descubrirlo y atraerle una venganza horrible. Por otra parte, ¿cómo y por qué medio podia dar cumplimiento á una comision tan peligrosa cuando todavía no era mas que un misterio? Los gefes del ejército se habían adelantado demasiado en el camino de la rebelion, para aceptar en cambio del porvenir brillante que les aseguraba el triunfo de Wallenstein, una promesa de amnistía hecha por un soberano conocido por violar su palabra sin escrúpulo, aun cuando para hacerlo podia poner por pretexto las exigencias políticas ó el interes de la religion. Y aun en el caso en que los oficiales generales aceptasen este perdon, ¿cuál de entre ellos se atrevería á poner la mano sobre el hombre á quien hasta entónces habían mirado como inviolable y que se encontraba rodeado del prestigio del poder y del esplendor del trono; sobre el hombre, en fin, cuyo solo aspecto inspiraba el terror y que hacia tanto tiempo disponía á su voluntad del destino de todos? Apoderarse de un hombre en medio de sus guardias y en una ciudad que parecia serle adicta; tratar repentinamente como un criminal ordinario al objeto de una veneracion tan justa como prolon-

gada, era una de esas tentativas capaces de hacer retroceder al valor mas intrépido.

No atreviéndose á encargarse él solo de la tarea que le habían impuesto, quiso asegurarse de la cooperacion de Altringer cuyos verdaderos sentimientos conocía. Fingió censurar su poco empeño para dirigirse á Pilsen y ofreció á Wallenstein el ir á buscarlo á Frausenburg y llevarlo cualquiera que fuese el estado de su salud. Complacido al oír esta proposicion que tomó por un exceso de celo, el duque de Friedland le dió uno de sus carruajes para que pudiera caminar con mas comodidad y mas aparato. Apenas partió de Pilsen, Gallas hizo conocer á los diferentes cuerpos de ejército que encontró, los poderes que había recibido de Viena y que aceptaron con mas sumision de la que él había esperado. Es inútil añadir, que lejos de obligar á Altringer á que fuese á Pilsen, él mismo se guardó bien de volver á esta ciudad. Condujo un refuerzo á la baja Austria que el duque Bernardo de Weimara amenazaba de una invasion, y Altringer se dirigió á la corte para darle nuevas noticias de Wallenstein. Despues de la partida de Gallas, Piccolomini explotó á su vez la credulidad, y para ponerse á cubierto de una venganza le ofreció ir á buscar á Wallenstein y Altringer. El desmesurado orgullo de Wallenstein no le permitía rectificar una opinion que una vez había enunciado y convenir por lo mismo en que podia engañarse. Así es que no dudó de la buena fé de Piccolomini, y lo hizo partir en uno de sus carruajes, el que lo condujo á Lintz de donde se dirigió á Viena.

Piccolomini le había prometido volver, cumplió su palabra pero fué á la cabeza de un ejército destinado á combatirlo. Mientras que él se dirigía á Pilsen, otro cuerpo de ejército avanzaba hácia Praga para mantener á esta ciudad en la obe-